

EUROPA ANTE EL MUNDO ATLANTICO

En la noble tarea de rehacer la unidad política del mundo, digno empeño de la Humanidad de nuestros días, es del todo indispensable el concurso de Europa. No sólo por su propia comparecencia como Continente, sino también como lazo de unión de otras regiones con el Continente Atlántico.

Marca, en efecto, la misión de Europa ante América tres capítulos: su propia coordinación con el mundo atlántico; la incorporación a él de aquella parte del Continente africano en que Europa está presente; y la comunicación entre América y el mundo islámico y singularmente los pueblos árabes que forman con Europa la cuenca mediterránea. Por vía de apéndice debería tratarse además de la aportación europea respecto del Oriente lejano: su presencia en el subcontinente indio, en Australia, en Filipinas...

Hablamos del Continente atlántico y no de los Estados Unidos, porque esa misión europea se ejerce, no sólo en ellos, sino también en los demás países del Nuevo Mundo y, singularmente, a través de la Península Ibérica, en la América que va desde la Sierra Madre a la Tierra de Fuego.

En la Europa actual se registran factores que favorecen esa misión, pero hay otros que la estorban. Importa singularmente remover estos últimos.

I

En la coordinación directa entre Europa y América, los factores de desavenencia son unos de carácter social y otros de índole política, económica y militar.

En el *plano social* entorpecen la relación Europa-América los recíprocos prejuicios acerca de la peculiar idiosincrasia de ambos Continentes.

Prejuicios e incomprendiones

La prensa, el teatro y el cine europeos han insistido en el tópico de la juventud de los Estados Unidos de América, de la que serían fruto su pue-

ilidad e inexperiencia. En esta interpretación se ha apoyado un cierto complejo de superioridad que, con razón, enoja a los americanos. Pues bien, hay que revisar este tópico, del que se deducen funestas consecuencias. Yo no sé por qué razón se ha de considerar como menos maduro a un pueblo que es prolongación racial, cultural y política de los más viejos pueblos de nuestro Continente. Ese desdén, encubre ignorancia envuelta en un pseudopatriotismo elemental y primario del hidalgo venido a menos. De los españoles se dice que somos propensos a tal complejo. Recordad los versos de Machado: «Castilla empobrecida, ayer dominadora —envuelta en sus harapos, desdeña cuanto ignora.» Esta expresión maravillosamente poética no puede tenerse en pié como fórmula social. Tal mentalidad que nos ha dañado tanto, está hoy por fortuna casi del todo superada.

Tampoco me parece justo el cliché que, en estricta reciprocidad y acaso por retorsión, se ha fabricado allende el Atlántico. Europa es para muchos americanos sólo un conjunto de museos y de ruinas históricas, poblados por gentes muy pagadas de su vieja cultura y de su refinamiento, pero que viven del pasado. Esta prevención es igualmente infundada. No perdamos el tiempo en rebatirla. Pero los americanos deben curarse de ese desdén por nuestras antiguallas europeas. Tal desprecio es propio de advenedizos y ellos no tienen por qué serlo. Muchos empiezan a comprenderlo así.

En el *plano político*, existen también factores de discordia: uno es la incompreensión mutua acerca de los regímenes de gobierno.

Cada parte, en fuerza de profesar con fe firme su propio sistema, se empeña en imponérselo a la otra. Europa, mejor dicho, el socialismo europeo, quisiera ver su reflejo en los Estados Unidos y las democracias el suyo en las Repúblicas hispanoamericanas. Por su parte, Norteamérica apenas concibe para el Viejo Continente otro régimen que el bipartidismo turnante. Los Estados Unidos, cuando dialogan con Europa, no pueden mostrarse ni republicanos ni demócratas. Pero Europa, cuando se propone comparecer al otro lado del Atlántico, debe dejar en esta orilla sus preferencias políticas internas. Las diferencias políticas locales, si se acentúan, estorban el común entendimiento. Hay que reforzar lo que une, no lo que separa. Y lo que nos une a ambos mundos, como luego se dirá, no es de signo político.

La desunión de Europa

El otro factor político que entorpece la comunidad interatlántica es achaque exclusivo de Europa, si se mira a los Estados Unidos, pero también de

él adolece el resto del Continente americano. Hablo de la falta de unidad o, cuando menos, de unión entre sus pueblos. Por lo que toca a Europa, éste es, en verdad, un inconveniente grave, porque, faltando la inteligencia entre los Estados europeos, comparecen éstos por separado, o bien se arrojan la representación del Continente los pueblos hegemónicos a quienes, para coonestar esa conducta, nunca les falta el voto de medias o pequeñas naciones coadyuvantes.

He aquí, una razón más que añadir a las muchas y buenas que impulsan, cada día con más apremio, a la unión europea. No es ahora del caso explicar la materia que he tratado hace poco en otra revista del Instituto¹. Baste con recordar que en el «Congreso por Europa» celebrado en Roma durante el pasado mes de junio, con la concurrencia de delegados de dieciséis naciones, Su Santidad el Papa ha llegado a hablar de «una política exterior común», de «una autoridad política europea poseedora de auténtico poder que ponga en juego su responsabilidad», y, en fin, de «la constitución de un organismo político único» que fortalezca el poder ejecutivo de las comunidades existentes². En tanto Europa no se presente unida, no habrá una auténtica, sólida y estable inteligencia entre Europa y los Estados Unidos de América.

* * *

En el *plano económico*, lo que más debiera contribuir a una aproximación de Europa a los Estados Unidos, la ayuda americana, se está corriendo el riesgo—hay que confesarlo sinceramente—de que se convierta en un nuevo factor de discordia, en un foco de desavenencias. Según los americanos, tienen la culpa de este cambio, en su mayor parte, aquellas naciones de Europa que no han sabido agradecer bastante la munificencia americana ni emplearla acaso en forma debida. Ambas cosas: ingratitude y derroche ofenden a los donantes.

La «ayuda» americana

Es posible que muchos europeos crean que la ayuda económica norteamericana al Viejo Continente, ha sido insuficiente y parsimoniosa. También hay quienes piensan que ha sido una ayuda interesada. No se puede

¹ *Revista de Estudios Políticos*, núm. 93.

² *Ecclesia*, núm. 833, págs. 731 y 732. Madrid, 1957.

decir que esto último sea una acusación, porque lo justo está siempre en la línea del bien común, y, por lo tanto, del interés de todos. Ciertamente que los Estados Unidos sacan partido de su generosidad y en tal sentido pudiera hablarse de un subsidio de su seguridad exterior que les permite contar con puntos de apoyo no forzosos, sino voluntarios, pero esto sería, en todo caso, la justa contrapartida moral en su prestación en lo económico gratuita. Es la primera vez que se funda la hegemonía en títulos de munificencia que, en todo caso, son los más aceptables. Tampoco creo que pueda calificarse de avara una dádiva sin precedentes en la Historia de la Humanidad. Por otra parte, al poner en valor los territorios europeos mediante la ayuda a sus economías, aunque sea a cambio de su integración en la estrategia mundial, hace entrar de nuevo a Europa en el área, antes perdida, de los grandes intereses comunes al universo, con lo cual se obtiene un feliz resultado de utilidad general. Y esto no por dominación, como antaño, sino por virtud de una asociación que se funda en la ayuda al más débil.

Lo que sí considero gravemente equivocado, es que la ayuda americana se haya distribuido a Europa no con arreglo a sus necesidades, sino discriminadamente y excluyendo en un primer momento a algunas de las naciones más necesitadas, entre las que se encontraba España. No debe haber aliados de primera y de segunda categoría; mucho menos, amigos. He aquí un importante punto de meditación para los hombres que dirigen el plan de inversiones norteamericano en Europa.

Si tales criterios discriminatorios son siempre recusables, mucho más su indebida aplicación a España, a quien se privó, por injustas consideraciones políticas, de los beneficios del Plan Marshall que tan pingües han sido para naciones más ricas. Porque ese proceder no sólo acarrió a España un perjuicio, un «*lucrum cesans*»: la privación de los miles de millones de dólares que recibieron cada una de ellas, Francia, Gran Bretaña, Italia...; le causó, además, un daño positivo: un «*damnum emergens*», puesto que le impidió por algún tiempo comerciar con los países vecinos así enriquecidos de divisas, por no tenerlas ella cuando en Europa apenas si jugaba otra moneda que el dólar americano. Tan grave preterición no ha sido hasta ahora subsanada por la ayuda tasada y sujeta a condiciones que le ha sido concedida a España en virtud de los Tratados de 1953.

Es, pues, deseable que se superen los malentendidos que sobre esta materia subsisten a una y otra orilla del Atlántico, y que se reparen las consecuencias de una discriminación injustificada.

* * *

En el *orden militar*, por último, también aparecen factores de disensión por la índole de la Alianza atlántica tal como ha sido concertada.

LA O. T. A. N.

Es defecto fundamental del Pacto del Atlántico Norte y la Organización que él ha creado, su carácter de emergencia—por usar un vocablo americano—. Nacida, en efecto, la O. T. A. N. por obra de la grave amenaza de una inminente agresión soviética, adolece de la imperfección de las cosas precipitadas, pues algunos Estados han acudido a la Liga sin despojarse antes de los resabios egoístas de su ayer de grandes potencias dominadoras. Ello ha tenido una clara manifestación ulterior. Durante muchos años ha estado sobre el tapete el problema del rearme alemán; mientras tanto se movilizaban todos los recursos militares del otro lado del telón de acero. Todavía hoy entre los propios aliados, se hacen penosas distinciones acerca de los países que deben ser invitados a no formar en el ejército de la O. T. A. N. Constantemente se plantea en los diversos pueblos europeos el problema de la reducción de los presupuestos militares. No es extraño que todos estos hechos inspiren cierto recelo a los Estados Unidos.

Tampoco es sorprendente que algunos países europeos se inquieten por la discriminación con que Norteamérica concede a Europa la ayuda militar y por las reservas con que se llevan las investigaciones en torno a las armas novísimas, y no ya sólo las investigaciones, sino también su uso. En el plano militar, la coordinación entre Europa y los Estados Unidos, es todavía muy insuficiente.

* * *

América hija de Europa

Hay diferencias entre Europa y América, como las hay no ya en el seno de nuestro Continente, sino incluso dentro de las fronteras de cada uno de nuestros viejos Estados o de nuestras provincias. Pero no incurramos en la torpe ingenuidad de convertirlas en fundamento de privilegio, y menos en causa de desdén y menosprecio. Tanto Europa como América tienen su mensaje propio, que hemos de esforzarnos en entender recíprocamente. No seamos víctimas de la pereza mental aceptando tópicos que suelen ser, en el fondo,

puras caricaturas. Un mejor entendimiento entre Europa y los Estados Unidos requiere más autenticidad en nuestras respectivas imágenes.

América es hija de Europa, es como una prolongación de ella. «Los Estados Unidos de Europa—me he atrevido a replicar a alguien en una ocasión—están en América.» Allí, en efecto, —e incluso con este nombre—la Nueva España, la Nueva Inglaterra y allí Francia y Holanda y Alemania y Polonia, etc. Un sagaz escritor de entre las dos guerras Delaisi³, llamaba a América la «Europa C». La A, era la agrícola; la B, la Industrial; la C, la Europa, decía él, «transportada». Sólo con una especie de frívolo señoritismo europeo se puede menospreciar «nuestra» vieja solera americana. El pasado de América está en Europa y el futuro de Europa, en Europa y en América. En Europa con dimensiones locales; en América, universales. América es como una Europa «montada» a gran escala extramuros, cuando el solar ancestral se le quedó pequeño.

* * *

Europa e Iberoamérica

Digamos algo para terminar este capítulo sobre «la América que llaman *latina*, sin duda—la frase es de Menéndez Pidal—por Haití y las Guayanas»; quiero decir, esa parte importantísima del Continente americano, que se extiende entre Méjico y el Estrecho de Magallanes, compuesta por naciones que hablan las lenguas peninsulares.

Sería un grave error que Europa la considerara como una esfera de influencia estadounidense. Se trata de pueblos independientes y soberanos que, a pesar de los fuertes lazos económicos que los ligan a los Estados Unidos, están aún más vinculados a España y a Portugal, y, por lo tanto, a Europa. Por la Península Ibérica pasan los caminos de América del Sur. El Océano no es un foso que parte en dos nuestro mundo luso-hispánico, sino una ruta que le une. Españoles y portugueses estamos obligados por un sagrado imperativo histórico, a reivindicar para los pueblos iberoamericanos, que fueron y seguirán siendo prolongaciones de la europeidad, un puesto de privilegio en el Occidente unido.

Por lo mismo, para las relaciones de Europa con Iberoamérica, importa menos la desunión europea, puesto que la realidad objetiva de esas dos Comunidades trasoceánicas: la hispano-americana y la luso-brasileña, herma-

³ «Les deux Europes», 1929.

nadas ambas entre sí, llena bien el cometido y puede llenarlo aún mejor en el futuro. Nada debe temer de ellas, por otra parte, el resto de las naciones europeas, como tampoco los Estados americanos del Norte, puesto que Hispanidad y Lusitanidad no son comunidades raciales excluyentes, sino abiertas y generosas, que se ponen al servicio de la Humanidad total.

Muchas veces ha sido explicado así a éste y al otro lado de los mares. Vienen al caso unas citas expresivas del prestigioso profesor argentino Mario Amadeo⁴: «Cuando la unidad europea adquiera personalidad jurídica, Hispanoamérica deberá buscar con ella una íntima inteligencia en las relaciones de poder. Un estrecho paralelismo en la acción entre el bloque europeo y el bloque hispanoamericano permitirá paralizar los intentos absorbentes de otros grupos. Porque la política hispanoamericana encontrará su centro entre las dos fuerzas primordiales que la circundan. Con Europa se defenderá de todo eventual renacimiento del imperialismo norteamericano. Pero esta actitud vigilante no será una actitud hostil».

Ahora bien: esta comunidad hispanoamericana no puede concebirse sin España: «Es evidente que España, para la comunidad hispánica de las naciones americanas, no puede quedar colocada en el mismo plano que cualquier otro país extranjero. Por ello pensamos que esta situación excepcional podría salvaguardarse mediante una participación paulatina de España en los organismos jurídicos hispanoamericanos. De este modo, España llegará a una incorporación jurídica integral al sistema hispanoamericano, evitando situaciones engorrosas y molestas para la misma España. Porque la comunidad que nosotros queremos no puede concebirse sin la presencia de España. Y esto es lo que interesa en definitiva».

De aquí que en la relación funcional Europa-Hispanoamérica, juega nuestra Patria un papel esencial: «España es también una nación europea, y tiene, como tal, intereses y deberes que la ligan a este Continente. Pero España quedaría incompleta sin un entendimiento íntimo con Hispanoamérica, e Hispanoamérica no sería ella misma si intentara consolidar su unión con prescindencia de España. Estamos, por eso, profundamente persuadidos de que la posición de España en Europa (y no concebimos una Europa integrada sin la presencia actuante de España) se vería considerablemente reforzada en caso de que se proyectara como el bastión europeo de una gran comunidad transnacional».

⁴ "Por una convivencia internacional". Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1956, págs. 151, 157, 158 y 220.

Por parte española, la promesa de servir, mediante la Comunidad Hispánica, intereses universales la he reiterado yo mismo como Ministro del Gobierno español en muchas ocasiones⁵: «Comunidad, sin agresión ni ofensa para nadie, cuyo pacífico fin es el servicio de un prestigio y de una tradición secular. Nuestra familia hispánica, hermanada en veinte pueblos, que se entienden de la misma manera, es el mejor símbolo y ejemplo en su propósito y en sus ideas, en su pasado y en su presente, de lo que cabe esperar de este sentido de la solidaridad... Su misión es un obrar común en la ancha órbita internacional en función con los restantes grupos regionales, una acción conjunta de todo lo hispánico en el campo de la gran política mundial y universalista, una actitud colectiva ante problemas de interés universal. Y sus nexos, toda una red o trama de ideas, de sentimientos, de modos de concebir la vida...»

Nuestro regionalismo ultranacional hispánico no es cerrado ni excluyente, sino abierto y generoso. No hace cuestión de razas ni de sangre, pero quiere garantizar la protección de un estilo vital que nos es propio, dentro de los amplios confines territoriales del mundo hispánico. «Nuestro regionalismo hispánico ha servido y servirá siempre la causa del Occidente cristiano, y nuestra ambición no es otra que la de lograr su encuadramiento dentro de formas jurídicas estables para que cobre peso en el mundo una política hispánica libremente determinada y aceptada por todos los pueblos de nuestra estirpe...»

La fecundidad de España creó para siempre esta realidad internacional de nuestra familia de pueblos. En el conjunto de la comunidad internacional los pueblos de origen español forman como una región: hay un regionalismo hispanoamericano, el cual no es excluyente de las demás realidades internacionales ni se dirige contra nada ni contra nadie. Nuestro regionalismo no excluye ni desconoce la existencia de otras comunidades más circunscritas, como tampoco la de otras más amplias, sean éstas de orden continental o mundial.

No de otro modo viene ocurriendo en la órbita internacional en que comparecen unidas España y sus hijas americanas. Tanto en el seno de las grandes Agencias técnicas como en los Congresos mundiales y aun en la propia Organización de las Naciones Unidas, el bloque hispánico, aun sin previo concierto, está allí presente para decir una palabra unánime a la hora de

⁵ "Hacia la Comunidad Hispánica de Naciones". Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1956, págs. 41, 77, 78, 123 y VI del Apéndice.

tomarse los acuerdos de importancia, y siempre poseído de su noble misión de servicio leal a la paz verdadera y a la cristiana convivencia de los pueblos, al servicio siempre de la Cristiandad, y, en definitiva, de la Humanidad entera.

II

Pasaré ahora a examinar los elementos de discordia que obstruyen la misión que incumbe a Europa de aproximar al mundo atlántico aquella porción inmensa del Continente africano, en que le corresponde al Viejo Continente una función rectora.

De parte europea, pueden reducirse a uno, aunque éste muy grave: la subsistencia de una mentalidad arcaica, que usa de procedimientos coloniales anacrónicos. Pese a la evolución de las ideas y al cambio de las circunstancias, subsisten hasta un grado increíble esos criterios de otras épocas en el trato que dispensan algunas de las grandes naciones expansivas a los pueblos nuevos.

Confieso que, mi experiencia como ministro ha sido para mí desconcertante, tanto cuando asistí el pasado verano a las Conferencias de Londres sobre el pleito de Suez, como después en Nueva York, cuando la Asamblea de las Naciones Unidas se ocupó de las nacientes nacionalidades. Me recordaba lo que ocurre, en el interior de cada uno de los Estados, en materia de reformas sociales. A pesar de tanta predicación y propaganda y pese a la labor legislativa de los poderes públicos, la conciencia patronal, en sectores muy vastos de la sociedad, sigue mal formada. Soporta malamente prédicas y leyes, pero sigue resistiéndose al orden nuevo y obstruyendo cuanto puede su desarrollo. Otro tanto observé en la actitud de ciertos gobiernos colonistas en estos areópagos internacionales. Persisten en una mentalidad que calificaría de burguesa. La cual, por otra parte, no tiene más de un siglo de existencia; porque antes del XIX las ideas de los grandes Imperios no eran colonialistas. Recordémoslo brevemente.

Obra civilizadora y empresa. Economía

Los cuatro grandes Imperios de la Edad Moderna fueron imperios civilizadores. La obra civilizadora de España y Portugal, singularmente, pero también a su hora la de Francia e Inglaterra, no guarda proporción, por su

grandeza, con el provecho, tantas veces mezquino, que de ella sacaban las metrópolis. Su aliento era, además, espiritual y muchas veces religioso. Grandes naciones expansivas y pueblos creadores, la Providencia se sirvió de ellos para devolver su unidad al orbe y traer a la cultura pueblos dispersos sin conciencia de historia.

La revolución industrial del XIX lo trastocó todo. La necesidad imperiosa de abrir mercados exteriores a una producción siempre creciente y de alumbrar nuevas fuentes de materias primas para dar pábulo a la industria en desarrollo, convirtieron la antigua aventura civilizadora en una *empresa económica*. Es entonces cuando empieza la penetración europea en Africa. Y se va abiertamente a la explotación de sus riquezas sobre la tesis preferente del derecho del primer ocupante. Con un equívoco mandato europeo nace, luego, la «entente» franco-británica, que se reparte la administración de los grandes territorios coloniales, teniendo más o menos coordinados al sistema otros países: Portugal, Bélgica... y tratando como advenedizos a los demás: Alemania, Italia, España...

Pero todo este mundo colonial, todo este imperialismo económico, es el que entra en crisis decisiva en las dos guerras mundiales de nuestro siglo. Los Estados Unidos, que pudieron, por su pujanza, ejercer la rectoría de ese mundo colonial, la declinaron en obsequio de Francia y de Inglaterra, no sólo en el corazón del Africa, sino en la flúida zona mediterránea. La Gran Bretaña, más realista al cabo, ha sabido ceder y poco a poco transformar el coloniaje en asociación. Francia se ha resistido más a la evolución, aunque acabará por el mismo camino.

Neo-imperialismo ruso

Entre tanto, en el resto del mundo, dos nuevos bloques de poder ilimitado anegan todo lo anterior: de un lado, los Estados Unidos, que, por razón de su ciclópeo poderío, ejercen una hegemonía moral y económica con respeto de la independencia política de los Estados soberanos, y la U. R. S. S., que, por el contrario, vuelve a los sistemas de dominación militar sojuzgando a los países del área que le fuera otorgada como de su influencia al acabar la última guerra.

Si se perdona la digresión, a propósito de equívocos, diré que yo no creo que exista ningún género de malentendido entre Europa y la Unión Soviética. Creo que hay pura y simplemente un imperialismo ruso que, apro-

vechando la euforia del triunfo, sorprendió la buena fe y la ingenuidad de una parte de los Gobiernos occidentales y encontró apoyo en la estulticia o la pasión de otros. Pero es lo cierto que hoy Europa, como unidad, tiene un problema análogo al de Alemania: está partida en dos: tenemos los europeos parte de nuestro territorio ocupado. Jamás podremos enmudecer ante las llamadas de Polonia, de Hungría, de Rumania y de todos los grandes y pequeños pueblos que han perdido temporalmente su libertad. Nuestra defensa de la Europa cautiva no puede prescribir. Nuestra misión hacia el Este europeo es de reivindicación incansable. Expresaremos, una vez más, nuestra admiración estremecida por el heroísmo inútil, el sacrificio estéril y la resistencia desesperanzada, insobornable y solitaria del gran pueblo húngaro, para quien la Historia tendrá que reservar una de sus más nobles páginas.

Euráfrica

Volviendo al tema africano, diríamos, en conclusión, de este punto, que si las grandes potencias con intereses en Africa quisieren cumplir con su misión universal de la hora presente, ayudando a la incorporación del Africa al mundo euro-americano, deben superar una mentalidad anticuada y entrar por el nuevo sistema de asociación y ayuda—deber más que derecho—que reclaman el interés de la paz y del progreso. Excelente ocasión se ofrece para ello con la proyectada explotación en común de las riquezas del Sahara, que puede ser el principio de una acción conjunta europea o mejor euro-africana, de nuevo cuño, que a todos honraría y a todos habría de aprovechar.

Pero no todo son culpas de Europa en esta delicada y vidriosísima materia. Porque con razón le reprochan algunos europeos a los Estados Unidos una cierta incomprensión de las dificultades que tal evolución entraña para los antiguos países colonialistas; acaso, también, un cierto menosprecio de los grandes servicios prestados por aquéllos a la causa de la civilización y, en definitiva, a la propia Humanidad durante el tiempo en que desplegaron esfuerzos colosales para poner en producción tierras incultas y para educar pueblos atrasados; y, por último, un desmedido afán igualitario, mejor diría igualatorio, de todas las naciones, que va contra la naturaleza de las cosas y que desconoce los legítimos títulos de influencia mundial que tienen las grandes naciones que han hecho la Historia. Estos últimos, si bien no dan derecho a un señorío que niegue o desconozca la igualdad sustancial de

los Estados, ni su soberanía e independencia, sí atribuyen ciertas prerrogativas de rectoría en la marcha general del mundo, tan lícitas y justas, por lo menos, como las que puedan invocar los propios Estados Unidos aduciendo los títulos de su presente poderío.

El principio de autodeterminación de los pueblos prematuramente implantado, puede provocar en zonas de antigua influencia europea graves desequilibrios de consecuencias difíciles de dominar. Una cosa son los principios y otra es la prudencia política que regula su aplicación en el momento preciso.

Es también posible, por decirlo todo, que haya habido un exceso de susceptibilidad europea cuando hemos querido ver en ciertos postulados de la política internacional estadounidense, no la buena fe de los doctrinarios más o menos alejados de la realidad, sino una intencionada pretensión de desplazamiento.

III

En el tercer capítulo de la misión europea ante el mundo atlántico, a saber: su papel de enlace entre éste y el *mundo islámico* y singularmente los países árabes de la cuenca mediterránea, podría figurar mucho de lo que se ha dicho en el anterior respecto del binomio Europa-Africa.

Por de pronto, le es aplicable cuando queda apuntado acerca de la supervivencia del espíritu colonialista en algunos gobiernos de nuestro Continente, reliquias que tanto estorban a una misión rectora de Europa sanamente entendida. Porque es cierto que hoy gozan de independencia casi todos los pueblos que forman la nación árabe, pero también es verdad que viven sobresaltados ante el temor de que su soberanía sufra violencia por parte de sus antiguos protectores. Lo sabe cualquiera que haya viajado por el Oriente Medio y por el Norte de Africa, y yo he recorrido, uno por uno, todos los países islámicos, como Ministro del Gobierno español, invitado por todos ellos. Más que observar su inquietud y su recelo los he vivido, y no deben juzgarse del todo injustificados, una y otro, desde el momento en que pueden los querellantes alegar pruebas como la aventura del desembarco militar en Suez del otoño pasado.

No sólo en Egipto, donde es cierto que la hipersensibilidad nacionalista excacerba los ánimos; también en Siria y en el Líbano, como en Jordania y aun en el Irak y en Arabia Saudita, subsiste un temor, un recelo grande con

relación a la política de esos Gobiernos europeos. Y ese estado de inquietud y de desconfianza no sólo entibia la amistad franca con el Occidente, sino que explica en parte la actitud vacilante de esos pueblos respecto del tirano soviético. ¡Cuántas veces en el curso de mis viajes, como en mis conversaciones con sus Embajadores en Madrid, ha escuchado la misma excusa! «Para nosotros—se me decía—el amago de una agresión comunista constituye un riesgo hipotético y lejano, en tanto que la amenaza de una intervención franco-inglesa es un peligro real e inminente.»

Privemos los europeos de fundamento a este temor practicado con ese mundo árabe e islámico tan próximo hoy, por tantos conceptos, al nuestro ario y cristiano, una política cordial, sinceridad que nos acerque a ellos en un plano de igualdad y nos lleve no sólo a respetar plena y abiertamente su independencia, sino a apoyarla desinteresadamente y a defenderla del peligro soviético, mucho más cierto e inminente, por desgracia, de lo que esos países se figuran. Hecho esto, en fin, y sólo haciéndolo, podrá Europa aportar al mundo atlántico una influencia eficaz cerca de la nación árabe, que necesita de un puente europeo para cruzar la distancia que de él le separa.

España, por su parte, ha hecho cuanto ha podido en estos años para servir de nexo entre ambos mundos y es notorio que ha prestado con ello un gran servicio a la causa de la hermandad entre los pueblos. Por falta de potencia económica—sólo por eso—nuestra patria no ha podido llevar más lejos su procuraduría. Un pueblo poderoso, los Estados Unidos, penetrado de la razón de nuestra política, toma ahora sobre sí tal misión. ¡Ojalá tenga acierto! Y empleo una interjección de raíz árabe para decirlo y de profundo sentido religioso, «Inch'Alà», esto es: «Dios lo quiere.»

Y España ha probado con hechos que es fiel a la doctrina que *sustenta*, al trocar, no sin sacrificio, su acción de protectorado sobre su zona marroquí, por una cordial inteligencia con un Marruecos libre, al cual sigue prestando generosamente la ayuda que necesita en los primeros pasos de su independencia. Y lo ha hecho por pura convicción de que ha pasado ya el tiempo de los imperialismos y empieza la hora de la amistad. Así lo dije, hace ahora medio año, hablando entonces como Ministro del Gobierno español, ante la XI Asamblea de las Naciones Unidas.

Porque un nuevo espíritu, un corazón renovado son necesarios, así a la Europa unida como a los Estados Unidos de América, para acercarse a este mundo oriental.

* * *

Recapitulemos, en forma de conclusiones, lo escrito.

1.º *Rehacer la unidad del orbe*, dotándole de una cierta autoridad política común, es en esta hora dramática para el mundo la aspiración vehementemente de todos los hombres. Desde el Padre Común de los fieles católicos, que vuelca toda su inmensa autoridad moral en favor de la comunidad supranacional de los pueblos, hasta los sabios inventores de esos ingenios atómicos que amenazan con la destrucción del género humano.

La universalidad de la raza humana, acaba de decir Oppenheimer, es fenómeno absolutamente nuevo, que comporta nuevas exigencias: «Sin un Gobierno a escala mundial no existirá paz permanente, y sin paz permanente la guerra de suicidio atómico o termonuclear será fatal un día u otro. No se podrá impedir jamás ningún conflicto en tanto que la idea misma de un control supranacional se estrelle contra la noción de la soberanía de un Estado.»⁶

2.º Para recomponer la unidad política del orbe hasta dotarle de un verdadero gobierno mundial, importa mucho la *inteligencia entre Europa y América*, porque ambos Continentes comparten hoy la rectoría del mundo y están, por ello, singularmente obligados a tomar la iniciativa de este movimiento de integración mundial. Ni Europa podrá llevar sus riendas sin América, ni ésta sin aquélla. Es necesario que ambas íntimamente se compenetren.

3.º La plena inteligencia entre ambos mundos pide que *Europa* comparezca *unida y renovada*. Unida, porque no se puede permitir por más tiempo que se arroguen su representación una parte de sus naciones, siquiera sean grandes potencias; ni puede presentarse al otro lado del Atlántico llevando en su seno una discordia que la ha precipitado en tantas guerras intestinas. Y renovada, porque para enfrentarse con el futuro, si bien hay que arrancar de la tradición, no se puede mantener el apego a las grandezas pasadas, que son, por otra parte, más nacionales que europeas. La prosecución del bien común europeo, concepto todavía en elaboración, pide una Europa no monolítica, es cierto, plural y varia, pero que atine a superar las soberanías absolutas de forma que deleguen en obsequio del pro-común, de lo que conviene a todos, una parte de los poderes de cada uno. Sólo así una Europa hoy casi diminuta puede comparecer con dimensiones universales, esto es, «a escala mundial», en su relación con el mundo exterior.

⁶ "Realités", núm. 137. París, 1957.

4.º Una Europa unida no sólo aporta al mundo atlántico su propia presencia; lleva también consigo aquella parte del *Continente africano* en que mantiene una función tuitiva; y puede servir de lazo con el *mundo islámico*, y, en singular, con los países árabes de la cuenca mediterránea. Para ello es necesario que Europa supere una mentalidad anacrónica, entienda su misión en ambas regiones del mundo, desarrolle más como deber que como derecho y de un modo desinteresado y comprensivo, una amplia labor educadora, formativa y de ayuda económica, para elevar el nivel de vida de esos pueblos y revalorizar las riquezas naturales de su suelo.

5.º En su mutua aproximación, tanto América como Europa deben remover los obstáculos, que entorpecen ese camino y, en particular, las *prevenciones y prejuicios* recíprocos de índole social, así como la incompreensión política y las deficiencias de su colaboración militar y económica. Hay que obrar virilmente para disipar recelos y suspicacias y acabar con los equívocos.

6.º Ayudará no poco a la aproximación de ambos Continentes el refuerzo de las *Comunidades hispano-americana y luso-brasileña*, que, como obra de pueblos de vocación universal, lejos de ser exclusivistas, están, de siempre, junto a la causa euro-americana y, en definitiva, al servicio de la Humanidad.

7.º En la hora de reforzar vigorosamente cuanto nos une, no puede olvidarse que la base del entendimiento entre Europa y América está en la común cultura llamada occidental, nacida de la *civilización cristiana*, uno de cuyos conceptos esenciales, tan caro a los Estados Unidos de América, es el respeto a la personalidad humana como sagrado titular de derechos inviolables. El mejor legado que Europa transfirió a América fué esa civilización de raíz cristiana que allí la juvenil pujanza de sus hijos ha hecho reverdecer merced al prodigioso desarrollo de la técnica sobre una tierra feracísima de ubérrimas entrañas minerales.

«El mensaje de Cristo—ha dicho hace muy pocos días el Papa Pío XII a los miembros del Congreso de Europa—fué para ella el fermento puesto en la masa que la trabaja y acrece, pero no es menos verdad que ese mismo mensaje sigue siendo, hoy como ayer, el más precioso de los valores de que es depositaria; es capaz de mantener en su integridad y vigor, con la idea y el ejercicio de las libertades fundamentales de la persona humana, la función de las sociedades familiar y nacional, y de garantizar, en una comuni-

ALBERTO MARTÍN ARTAJO

dad supranacional, el respeto de las diferencias culturales, el espíritu de conciliación y de colaboración, con la aceptación de los sacrificios que entraña y de las abnegaciones que suscita.»

La *misión de Europa*, hoy como todo a lo largo de su Historia, es una ardua y noble misión universal y civilizadora. Para su mejor desempeño le será de gran ayuda al Viejo Continente una estrecha y fuerte vinculación con el mundo transatlántico, que es una nueva Europa. Dios dé a los hombres de una y otra orilla del común Océano, el espíritu de hermandad que debe reinar en el nuevo «Mare nostrum», a fin de que sea la cuna de una reverdecida civilización cristiana.

ALBERTO MARTIN ARTAJO.